

no era glotón, ni avaricioso, ni envidiosillo, como todos los chicos. Mis faltas las tomaba para sí, y se dejaba castigar para que no me castigaran. Luego, tomó camino tan diferente del mío, que estuvimos sin vernos muchísimo tiempo. Cuando volvimos á encontrarnos, ya era él un hombre, y hacía en Madrid una vida de vértigo y desorden. La orfandad, la miseria vergonzante corrompieron aquella alma buena, que parecía creada para el bien.

—¡Qué cabeza la mía, señora Condesa!—dijo don Manuel, que con un gesto renegaba de su flaca memoria.—¿Pues no se me había olvidado darle la buena noticia?... Esos recuerdos infantiles de Zaportela me hacen recordar que el señor Marqués ha convenido conmigo en adjudicar á usted, no esa finca, sino otra mejor, el castillo de Pedralba, en esta provincia. ¡Tanto le dije, que...!

—¡Oh, qué dicha!... ¿Pero es cierto? ¡Pedralba nada menos! Tiene usted razón, mi hermano es la misma bondad, y yo no sé cómo agradecerle tantos beneficios. De niña, también viví en Pedralba: no puede usted figurarse el cariño que tengo á las viejas y carcomidas piedras del castillo, que de tal no tiene más que el nombre.

—Y la propiedad de esa finca sin duda facilita los proyectos de fundación... ¿No es eso, señora Condesa?»

Doña Catalina no contestó, y su meditación silenciosa llenó nuevamente de recelo el espíritu del buen sacerdote. La pregunta que antecede había sido formulada por Flórez con objeto de explorar el pensamiento de su noble amiga, el cual cada día se concentraba más, arrojando de súbito alguna claridad esplendorosa, que al propio tiempo que deslumbraba al buen maestro, le ponía en gran confusión. Tras largo silencio, la Condesa reanudó el diálogo diciendo: «Quedamos en eso.

—En que... sí... en que Pedralba puede servir de base...

—No pensaba yo en Pedralba. Lo que digo es que usted no se opone á que vea yo á ese que llaman Nazarin.

—¡Ah!... sí... en efecto... Pues, sí, no hay inconveniente...

—¿Usted no se atreve á afirmar si es loco ó santo?

—Al menos, hasta ahora...

—Pues yo quiero saberlo, me conviene saberlo con certeza.

—Espero llegar á la certidumbre con sólo tratarle un poco; analizar sus ideas y someter á un examen prolijo sus acciones.

—Y aunque para mi convencimiento me baste el dictamen de usted, ¿será impropio, será impertinente que yo misma le vea y le hable,

si no por otro motivo, por satisfacer una curiosidad que me inquieta?

—No creo impropio que usted aprecie por sí misma su estado cerebral—repuso el clérigo, midiendo bien las palabras.—Pero antes conviene que le examine yo, que hablemos despacio. Luego determinaremos en qué sitio y ocasión puede usted satisfacer su curiosidad.

—Perfectamente... Pero prontito, don Manuel.

—Mañana mismo le haré una visita en el hospital. Ea, es muy tarde, y usted va á comer, y yo á mi casa. Es de noche. Adiós, amiga mía, y á descansar. Descanse no sólo el cuerpo sino el pensamiento, que hartó trabaja en idear cosas grandes. Adiós... Hasta mañana.»

VI

Retiróse don Manuel bien embozado en su luenga pañosa, porque apretaba el frío, y meditando y un poco descontento de sí, por el camino se decía: «Esta doña Catalina es el demonio... ¡qué barbaridad! Quiero decir que es un ángel, un sér extraordinario. Ya no me queda duda. Tiene mucho más talento que yo, sabe más que yo, y descubre cosas que nadie ve, que si al principio parecen disparates, bien examinadas resultan con toda la hermosura y toda la grandeza de Dios. Cada día sale con una no-

vedad. ¡Y qué ideas, Dios mío! ¿Qué me reservará para mañana?»

Esto decía, sintiendo un poquitin la humillación del maestro que se ve convertido en educando. Pero como era tan buena persona, y no dejaba entrar nunca en su alma la ruin envidia, y además estimaba cordialmente á la Condesa, en vez de enojarse neciamente por el gradual desgaste de su autoridad, se apropiaba las ideas de la discípula, y haciéndolas suyas las presentaba de nuevo en forma metódica y sistemática, con lo cual creía resultar á los ojos de ella, y aun á los suyos propios, como el verdadero inspirador, siendo en verdad el inspirado. Hombre flexible, creado para las adaptaciones sociales, y para aplicar y defender la santa doctrina según el medio y las ocasiones en que le correspondía actuar; bastante sagaz para conocer lo bueno donde quiera que saliese, y bastante práctico para saber aprovecharlo, obraba como obran siempre los caracteres de su complexión y hechura, no poniéndose frente á ninguna fuerza que creen útil, sino dejándose llevar por dicha fuerza, con tanto estudio y picardía en la postura, que parezca que la dirigen y conducen.

Metióse el buen clérigo en su casa pensando en la corrección de Urrea, y pues la señora confiaba en su ayuda para lograrla, hacía propósito de adelantarse á ella en el desarrollo de

aquel pensamiento, de hacerlo suyo, agregándole pormenores que lo harían de seguro más eficaz. Pero lo que le desconcertaba era no saber qué nuevas invenciones sacaría de su inspirado caletre la Condesa, pues á lo mejor salía por donde menos se esperaba. Las iniciativas de él casi nunca cuajaban; las de ella venían con tal fuerza, que al punto conquistaban al maestro, y no había más remedio que seguir las, componiéndolas y retocándolas después para conservar las preeminencias exteriores del poder gobernante. En suma, que si al principio Halma parecía una reina constitucional á la moderna, que reinaba y no gobernaba, poco á poco iba sacando los pies de las alforjas, y picando en absoluta soberana. Mas era tan buena, tan discreta y piadosa, que se arreglaba habilidosamente para dejar á su ministro las satisfacciones y aun la creencia de la iniciativa gubernamental.

«Bueno, Señor, bueno—decía don Manuel poniéndose ante su cena, tan frugal como bien condimentada.—Y esto de querer avistarse con el desdichado Nazarín, ¿para qué será? ¿Qué objeto lleva, qué ideas le mueven, qué planes acaricia? No lo entiendo. Pero allá veremos por dónde sale, y quiérase Dios que sea por un registro fácil de entender, y más fácil de manejar.»

Á la misma hora que el respetabilísimo Fló-

rez cenaba, pero no aquel día, sino pasados dos ó tres, José Antonio de Urrea comía con su primo Feramor en casa de los Duques de Monterones. Fácil es comprender de qué hablarían, al encontrarse solos en el salón, poco antes de la comida.

«No lo creo, aunque me lo jures—le decía el Marqués, sin poder contener la risa.—Tú estás soñando, Pepe, ó quieres burlarte de mí. ¿Y dices que te lanzaste á fijar tu petición en la fabulosa cantidad de...?»

—Cinco mil duros. Y aún creo que me quedé corto. Entré en la mística celda decidido á plantear el negocio *sobre la base* de los cuatro mil... Claro, las bromas ó pesadas ó no darlas... Y en el curso de la conferencia, viendo las buenas disposiciones de Halma, me arranqué á los cinco mil. Éxito completo. ¡Ah! bien puedo decir ahora que tu hermana es una santa; pero así como suena, ¡una santa!... todo lo contrario de ti, que eres el Sumo Pontífice del egoísmo. ¡Qué bondad, qué dulzura, qué penetración, qué talento sutil para comprender las circunstancias en que yo vivo! Sostengo que ella tiene más talento que tú, y que es mucho más práctica, sublimemente práctica. La indulgencia noble con que iba puntualizando mis miserias, mis acciones indecorosas, me llegó al alma, Paco, porque al propio tiempo que me reñía dulce-

mente por mi conducta, la disculpaba, atribuyéndola, más que á perversión moral, al inexorable despotismo de la necesidad, del hábito... ¡Oh, qué mujer, qué alma grande y hermosa! Cree que me hizo llorar... mi palabra que sí. Llegué á figurarme que era un chiquillo, que me regañaban por la travesura de romper un juguete de precio, prometiéndome comprarme otro. En fin, que el cielo se ha abierto al fin para mí, después de haber llamado á su puerta inútilmente tanto tiempo. Estoy salvado, Paco; tu hermana me salva... Creo en la Providencia, en Dios... Soy feliz, seré otro hombre, gracias á ella, á ese ángel con más talento que todos los Artales y Feramor de este siglo y de todos los pasados siglos, amén.

—Pues te doy mi enhorabuena—le dijo el Marqués con sorna.—¿Ves como acerté, al indicarte...? Me daba el corazón que mi hermana se gastaría su dinero en la regeneración de los perdidos de la familia. Obra laudable, á fe.

—Si te burlas, peor para ti.

—No me burlo. Ahora, lo que importa es que tu honradez esté á la altura de la virtud de Catalina, so pena de que resulte una santidad no sólo inútil, sino merecedora del manicomio antes que de los altares.

—No temas nada. En primer lugar, no me dan el dinero á mí, lo que en verdad no me im-

porta. Mejor, mejor es así. No me lo dan; lo *dedican* á la grande y hermosa obra de remediar las penas del primer desdichado del mundo, y de socorrer la miseria más angustiosa y lacerante que alumbran el sol y la luna.»

Después de la comida, excitado el hombre por la nutrición abundante y la copiosa bebida, volvió á charlar con su primo mientras fumaban, y se enterneció al referir las bondades de Halma. Colmaba también de elogios á don Manuel Flórez, llamándole padre de los pobres, apóstol de gentiles, lumbrera de la caridad, y al fin, charla que te charla, por entre los entusiasmos del hombre extraviado, deseoso de redención, asomó el cinismo del aventurero arbitrario.

«Tengo además otro proyectillo. Á ver qué te parece. Tu hermana adoraba á su marido, aquel pobre *besugo* alemán, que vino aquí á que le matáramos el hambre. La memoria de Carlos Federico es su única pasión mundana, y su espíritu se alimenta de la idea del muerto, como planta que vive de lo que extraen las raíces. Hablando conmigo, se dejó decir que su mayor gusto sería transportar á España el cuerpo, que debe de estar incorrupto, de su esposo querido, para sepultarse ella con él, naturalmente, cuando se la lleve Dios... Pues bien; se me ha ocurrido proponerle la traída del difunto.

Vamos, que le contrato la conducción de las cenizas preciosas por cinco mil duros, siendo de mi cuenta todos los gastos, embarque, transportes por ferrocarril, aduanas... porque las momias también pagan derechos. ¿Qué te parece?

—Que es una contrata como otra cualquiera. Redacta tu pliego de condiciones, estudia el asunto...

—Se pueden ganar un par de mil duros... palabra que sí. Me planto en Corfú, hago la inhumación, y me comprometo á traerlo decorosamente, con una cuadrilla de frailes franciscanos, que vengán cantando responsos por toda la travesía. Y me encargo de asegurar el féretro, de envasarlo convenientemente, y de hacer la entrega en el punto de España que ella designe. He de percibir á toca teja dos mil duros antes de partir para Corfú, y tres mil en el acto de entregar la santa reliquia.

—¡Pobre hermana mía!—exclamó el Marqués, viendo súbitamente las extravagancias de su primo bajo el aspecto serio y peligroso.—Esto le pasa por querer gobernarse sola, desconociendo su incapacidad. Ya verá, ya verá... José Antonio, te prevengo que si continúas inspirando á mi desgraciada hermana esas que no sé si son tonterías ó locuras, tendré que intervenir como jefe de la familia.»

Dejóle con la palabra en la boca, mascullando el cigarro. «Te desprecio—murmuró Urrea viéndole partir,—egoistón, eterno inglés de la humanidad desvalida, usurero... Shylock disfrazado de aristócrata...»

No tardó en circular en la tertulia de Monterones la noticia de la redención del perdido con los dineros y la piedad de Catalina de Halma, y los despiadados comentarios que sobre ello se hicieron, no sólo herían á la noble señora, sino á su respetable maestro espiritual.

«Porque yo me explico todo—decía la Duquesa;—me explico las debilidades de mi pobre hermana, cuya cabeza se destornilló lastimosamente desde antes de casarse; me explico las audacias de Pepe Antonio; lo que no entiendo es que don Manuel autorice tales despropósitos.»

Consuelo Feramor, que no hacía buenas migas con su hermana política, y censuraba sin piedad su retraimiento, tachándolo de mojigatería y orgullo, llegó á decir á su marido: «La culpa la tienes tú... y algo le toca al angelical don Manuel. ¡Pues si fuera cierto lo que me dijeron hoy en casa de Cerdañola! No, no puede ser... Lo cuento como chiste. Pues que Catalina ha suplicado á Flórez que le traiga á Nazarín... Esto sería demasiado, ¿verdad? Pero qué sé yo... lo creo, me inclino á creerlo. Un entendimiento

soliviantado que se dispara, ¿á qué tonterías, á qué extravagancias no llegará?

—Dejémosla disponer de su dinero como guste—dijo la de San Salomó, menos intransigente que sus amigas, sin duda por no ser de la familia,— y alabemos á Catalina de Halma, si nos da lo que á pedirle vamos. Y no hay que diferir nuestro sablazo, señoras mías. Podría suceder que llegáramos tarde, y encontráramos agotado el filón. Reunámonos mañana, plantémonos allá las tres, levantados en alto los terribles alfanjes de oro... y ¡zás!»

Consuelo Feramor, María Ignacia Monterones y la Marquesa de San Salomó eran al modo de presidentas, vicepresidentas ó secretarias en estas ó las otras Juntas benéficas señoriles que reúnen fondos, ya por medio de limosnas, ya con el señuelo de funciones teatrales, rifas y kermessas, para socorrer á los pobres de tal ó cuál distrito, edificar capillas, ó atender al incommensurable montón de víctimas que los desatados elementos ó nuestras desdichas públicas acumulan de continuo sobre la infeliz España. No hay que decir que las tres cayeron sobre la solitaria y triste viuda con el furor de piedad que desplegar solían en semejantes casos. Recibiólas Catalina con atento agasajo y finísimas demostraciones de amistad; pero con la misma urbanidad serena que empleó en las cortesánias,

nególes el socorro que solicitaban. En redondo, en seco: que cada cual debía entenderse á solas para practicar la caridad.

Salieron desconcertadas, confusas, rabiosas, y en el paroxismo de su ira, Consuelo dijo á su marido: «Si no fuera ella quien es, y nosotros quien somos, creería yo que la residencia natural de tu hermana era un santo manicomio.»

VII

Feramor las calmaba, haciéndoles ver cuánta impertinencia revelaba su enojo, pues cada cual es dueño de hacer el bien, si lo hace, en la forma que más le acomode. Con su claro talento, su fácil palabra, mitad en serio, mitad en broma, logró poner las cosas en su punto, demostrando que si Catalina, por su exagerado individualismo y la salvaje independencia que iba descubriendo, podía merecer censura, no merecía execración, ni menos ser condenada á perpetuo encierro en una casa de orates. Pero si Feramor lograba calmar los ánimos, creando una situación de relativa tolerancia, muy del gusto y del género inglés, no así don Manuel Flórez, el cual, cuando cayeron sobre él furibundas las tres damas, pidiéndole explicaciones de la increíble conducta de la Condesa, no sabía qué contestar, ni por dónde salir: tales eran su

confusión y azoramiento. En los días siguientes le traían loco, con preguntas, comentarios y mortificantes indagatorias.

«Pero dígame, don Manuel, ¿lo de la corrección de José Antonio, fué idea de usted?

—De ella, ... mía no... La que no comprenda que es una idea hermosísima, que no cuente conmigo para nada.

—Hermosísima, y sobre todo práctica.

—Hemos de ver eso. La silba que se llevará don Manuel, si la corrección fracasa, se ha de oír en Pekín.

—Y sepamos otra cosa: ¿es también de usted el pensamiento de traer á Nazarin?

—Sí señora, mío es—dijo valientemente y tragando saliva el buen sacerdote, decidido á corroborar siempre las ideas de doña Catalina para no perder su autoridad.—Si no comprenden la delicadeza, el noble fin que encierra, peor para ustedes.

—Pues mire usted, no lo comprendemos, y yo lo declaro, aunque usted nos tenga por... indoctas. Somos muy bárbaras, queridísimo don Manuel.

—¿Pero es cierto que traerán á casa á ese pobre demente?... ó criminal... vaya usted á saber—dijo Consuelo escandalizada.

—¡Oh! yo voto porque venga—manifestó la de San Salomé, y las mismas demostraciones

hizo la Duquesa.—Yo rabio por ver al famoso mendigo y apóstol Nazarin.

—Sí, que le traigan. Y que avisen con tiempo para invitar á todas nuestras amigas.

—Y veremos también á Beatriz, la mística mostolense, de quien decía un periódico que era una especie de Heloísa sin Abelardo.

—El Abelardo es Nazarin... Y que venga también Ándara. Queremos ver toda la tribu. Sí, don Manuel, que vengan todos.

—Como no se trata de satisfacer una insana curiosidad, no les verán ustedes.

—Pues nos oponemos á que entren en casa.

—No, no. Lo que haremos es reconocer y proclamar el delicado pensamiento de Catalina, si los traen y nos permiten verles y hablar con ellos... Pero que conste: ha de venir también Ándara. Ese tipo de travesura procaz y temeridad heroica, me interesa extraordinariamente.

—Hablares con ellos, nos explicarán su doctrina.

—Les daremos una merienda.

—Ea, basta—dijo Flórez incomodándose.—No vendrán. Las mujeres nazaristas, no se ha pensado en traerlas. Él, el desdichado sacerdote melancólico y errabundo, no vendrá tampoco, sencillamente porque no quiere venir.

—¡Ah! nuestro gozo en un pozo.

—Entonces, irá Catalina á verles al hospital. Me parece muy inconveniente.

—Me parece una necedad formidable.

—Menos pareceres y más juicio, señoras mías. Lo que disponga *este cura* en asuntos para los cuales no debe faltarle competencia, al menos por su edad, ya que no por su saber, no debe ser discutido ni menos ridiculizado por mis buenas amigas, alguna de las cuales (lo decía por la de Monterones) recibió de estas manos el agua del bautismo. Con que no digo más por hoy.»

Con esta admonición, en que advirtieron las tres damas un marcado acento de severidad y amargura, cosa muy rara en don Manuel, que era un almibar en el trato social, especialmente con señoras, se reprimieron, dando á sus críticas un tono puramente amistoso. Pasaron algunos días, en los cuales no tuvo Flórez ocasión de sacar las disciplinas; pero al ser puesto en práctica el plan de corrección del pobre Urrea, las hablillas recrudecieron. ¡Santo Cristo! Cuando se corrió la voz de que *le ponían casa* á José Antonio, de que doña Catalina le cuidaba la ropa, y don Manuel andaba por todo Madrid á la husma de los usureros que desollaban vivo al primo de Feramor, levantóse un tumulto tan imponente, que el bueno de Flórez tuvo que plantarse. Todo lo consentía, menos que su au-

toridad fuese puesta en solfa. Que se hicieran comentarios más ó menos discretos de sus acciones, no le importaba; pero que sus acciones se desfiguraran maliciosamente, no podía quedar sin correctivo. Fué, ¿y qué hizo? Convocó á las tres damas que eran cabeza de motín, y les echó un sermón por todo lo serio, dejándolas, si no convencidas, calladas, y con pocas ganas de meterse en vidas ajenas. Retiróse el buen limosnero á su casa, fatigado de aquellas luchas á que la genial iniciativa de la Condesa le comprometía, rompiendo la placidez fácil de su religioso gobierno, y al introducirse en la cama, después de sus rezos, ó entreverando el rezo con la meditación profana, se decía: «¡Cuánto mejor que esta buena señora siguiera los caminos ya hechos y despejados, en vez de empeñarse en abrirlos nuevos, desbrozando la trocha salvaje! ¡Cuánto más cómodo para todos que acatará *lo establecido*, y se echara en brazos de los que ya tienen perfectamente organizados los servicios de caridad, las Juntas de damas, las archicofradías, las hermandades, mis colectas para escuelas, mis...! ¡Cuánto mejor abrazarse á *lo establecido*, Señor, que...!»

Á pesar de los pesares, don Manuel dormía como un bendito. No así José Antonio, que en la casa frontera (calle del Olivar) se pasaba las noches en claro, por causa de la exaltación de

su felicidad, pues la onda venturosa, cuando viene con fuerza, se parece á la onda del infortunio en que quita el sueño y aun el apetito. Tan grande novedad era para él ver definitivamente resuelto el problema alimenticio, no vivir mañana y tarde discurrendo en qué rama posarse para comer, que el mismo asombró de su dicha le tenía como en ascuas, receloso de su destino. ¡Le parecía tan inverosímil ser amo de su casa, es decir, estar en seguras paces con el casero, ver un principio de arreglo en las cosas necesarias para vivir; tener en su comedor loza modesta, pero loza al fin, en vez de los dos ó tres platos rotos que eran su único ajuar; encontrarse los armarios surtidos de ropa blanca, que la misma Catalina con solícita mano materna había puesto allí! Todo esto era como un sueño, como un pasaje fantástico de las *Mil y una noches*. Temía despertar, y que tantos bienes desaparecieran en un restregar de ojos, volviéndole á la tristísima realidad de su vida anterior. Y para colmo de ventura, podría consagrarse seriamente á un trabajo fácil y muy de su gusto, la zincografía, pues ya le iban á disponer local y aparatos á propósito. ¡Qué dicha, qué gloria, qué divina lotería! ¿Con qué lengua, con qué voces bendeciría á su celestial Providencia, la santa y amorosa Halma?

Su nueva vida apartó al parásito de los si-

tios que ordinariamente frecuentaba, sin dejar de concurrir alguna noche á las casas de sus parientes. Y al conocer allí los comentarios zumbones que del nobilísimo acto de su prima se hacían, perdió el hombre los estribos, cruzó palabras agrias con el Duque de Monterones y con dos ó tres sujetos más, cuyas esposas ó hermanas se habían permitido ridiculizar á la Condesa, y seguramente, si él fuera otro y en más le estimaran, de sus destempladas expresiones hubiera resultado algún lance. Feramor le calmaba, pues sus principios de buena educación repugnaban aquella forma violenta, y hasta cierto punto española, de tratar asunto tan delicado. Cuanto menos se hablara de ello, mejor. Pero Urrea estimaba el silencio como una complicitad cobarde con los murmuradores, y quería, por el contrario, hablar hasta que le oyeran los sordos, proclamar á gritos, no sólo la inmaculada virtud de Catalina, sino su talento, y la superioridad de sus ideas, que aquel vulgo elegante y corrompido no podría comprender nunca. Feramor le dijo con gravedad: «La forma, mi querido José Antonio, es cosa de suma importancia en la vida social, y no es posible desconocer su valor positivo, sin exponerse á gravísimos males. Todo se puede hacer haciéndolo bien; nada es factible con malas formas.»

Retiróse Urrea maldiciendo á su primo, á

quien llamaba *el hombre de cartulina Bristol*, y á la mañana siguiente muy temprano se fué á ver á la Condesa, hacia la cual una atracción invencible le arrastraba en cuerpo y alma. El agradecimiento vivísimo se transformaba en una adhesión caballescaca, en un cariño fraternal ó filial, que así debe llamársele para expresar bien su pureza, en el deseo de serle útil, y prestarle algún servicio proporcionado á la inmensidad del bien que de la ilustre señora había recibido. Pero siempre que á ella se acercaba, sentíase agobiado de tristeza, porque su conciencia le acusaba de agravios inferidos anteriormente á la generosa viuda, y aquel día hizo propósito firme de descargar su alma de aquel peso, confesando á su bienhechora los pecados que contra ella había cometido. Encontróla dobladillando, con la ayuda de su criada Prudencia, las sábanas y ropa de comedor que faltaban para completar el ajuar del perdis redimido. Retiróse Prudencia, y prima y primo hablaron lo que sigue:

VIII

«Halma, de hoy no pasa que yo tenga contigo una explicación. Mi conciencia me lo pide, me lo exige. Gracias á ti, no sólo tengo casa y cama en que dormir, y platos en que comer,

sino conciencia. Ésta me abruma: siempre que vengo, me digo: «De esta vez, se lo confieso.» Y siempre me falta valor. Pero lo que es hoy, querida prima, hoy, ó canto ó reviento.

—¿Pero qué es eso, José Antonio, has hecho alguna cosa inconveniente?

—No, no: no temas que yo falte á lo tratado. Mi corrección es tan cierta como que ahora vivimos tú y yo. Trátase de pecadillos antiguos, que no tienen en sí mucha gravedad, quiero decir, sí la tienen por ser contra ti. Cualquiera falta cometida contra ti es gravísima. Yo quiero confesarlos hoy... Verás...

—Pero, hijo, vale más que se lo cuentes á un confesor. Por mí, tus pecadillos están perdonados. Falta que Dios te los perdone.

—Yo no tengo que buscar más perdón que el tuyo.

—Eso... casi casi es una irreverencia.

—Tú eres mi confesor, mi altar; tú eres mi santa, mi Virgen Santísima, mi...

—Calla, y no digas más desatinos. Pareces un chiquillo.

—Lo soy. Tú me has vuelto á la infancia, á la inocencia, á la edad aquélla venturosa en que correteábamos los dos por los andurriales de Zaportela. Soy y quiero ser un niño, y como niño, á ti, que eres como mi madre, te confieso mis horribles pecados. Atiende. Lo primero...

cuando tu hermano me sugirió la idea de pedirte socorro, yo no tenía más objeto que darte lo que llamamos un sablazo, ni más intención que emplear tu dinero en pagar algunas deudas apremiantes, quizás en probar fortuna al juego para sacar cantidad mayor. Pues cuando tu hermano me lo indicó, yo dije que tú estabas loca. ¡Ya ves qué insolencia!

—¿Y no es más que eso?—dijo Catalina riendo, y rasgando á tirón un gran pedazo de lienzo, de modo que su risa y el estridor de la tela se confundían.—Pues con muchas abominaciones como esa, tu rinconcito en el Infierno no hay quien te lo quite.

—Es más, es mucho más—añadió Urrea suspirando fuerte.—Dije también que tú eras tonta.

—¡Bah, bah!

—¡Llamarte tonta á ti, que eres la misma inteligencia...! El tonto es él, tu hermano, con la tiesura planchada de su alma inglesa, él, incapaz de nada grande, ni de un rasgo de sensibilidad...

—Eh... caballero; está usted pecando en el mismo confesonario. Por un lado se sincera, y por otro se carga con nuevas culpas, haciendo juicios temerarios.

—Pues no digo nada de tu hermano. Sabrás que también hablé pestes del bonísimo don Manuel, y le llamé *congriso*, y...

—Ja, ja... de seguro que te lo perdonará si lo sabe.

—Y después, una noche que comí en casa de Monterones, hablamos tu hermano y yo. Siempre que estoy á su lado, me siento con malos instintos, no puedo resistir las ganas de chafar su pulcra educación inglesa, como la felpa planchada y lisa de los sombreros de copa. Me gusta cepillarla á contrapelo, expresar conceptos que le contraríen y le hieran. Pues con esa intención, y sin ánimo de ofenderte, dije que yo pensaba contratar contigo, en cinco mil duros, la conducción á España de las cenizas de tu querido esposo, y añadí mil tonterías... Te advierto, en descargo mío, que había bebido más de la cuenta... Lo peor fué que no hablé del pobre Carlos Federico con el respeto que merece su memoria. Mi palabra que no.

—Eso es un poquito más grave—dijo Halma con severidad, fijos los ojos en su costura;—pero te lo perdono también, puesto que declaras que no sabías lo que hablabas, y que no tenías intención de agraviarme. ¿Qué más?

—Por ahora nada más. ¿Te parece poco? Me quedo muy tranquilo, después de habértelo confesado. Y ahora vamos á otra cosa. ¿Sabes que tu hermana y tu cuñadita, y todo el enjambre de amigas te critican acerbamente, por no haber correspondido á sus cuestaciones como

ellas esperaban, y que además te ponen en solfa á ti y á don Manuel por lo que estáis haciendo por mí?

—¿Y qué? No me afano por eso. Les perdono cuanto digan de mí, ya sea impertinencia sin malicia, ya malicia verdadera.

—No se detienen en la línea del chiste más ó menos discreto, sino que la traspasan, llegando á ofenderte con apreciaciones calumniosas. La de San Salomó dice que eres una hipócrita, y que las visitas que me has hecho estas mañanas para arreglarme el cuarto, no pertenecen al orden de la beneficencia domiciliaria.

—Todo eso es para mí—dijo la viuda con augusta serenidad,—lo mismo que el ruido del viento entre las tejas de la casa... Dios conoce mi interior, y ante Él expongo mi conciencia como realmente es. Los juicios de los hombres para mí no existen.

—¡Oh, yo no tengo esa virtud! ¡Claro, cómo he de tener esa que es tan difícil, si otras muy fáciles no las puedo tener! Lo que yo siento es furor de venganza al oír tales infamias. Sería feliz si pudiera retorcerle el pescuezo á la bribona que tal piensa y dice.

—¡Oh, por Dios, Pepe, no sigas por ese camino, si no quieres lastimarme, y perder en absoluto mi estimación!

—Anoche tuve dos ó tres agarradas en las

casas de Monterones y de Cerdañola por defenderte, porque para mí no hay mayor gloria que poner tu nombre y tus actos por encima de cuanto hay en el mundo. Yo me pelearía con todo el que no te confesase como la virtud más grande y pura que conocen Madrid y España entera; y haría morder el polvo al que pusiese en duda tu santidad, tu honestidad, tu entendimiento soberano.

—¡Jesús, cállate por Dios, y no disparates más, primo! ¿Estás loco?

—Y si te conviene probarlo, dime quién te ha ofendido en tu dignidad, en tu honor, ó siquiera en tu amor propio, para aplastarle contra el suelo como un reptil, Catalina, para hacerle polvo...»

Decía esto en pie, accionando con calor y énfasis de personaje heroico. Su prima, después de romper un hilo con los dientes, mirándole asustada, le calmó con una franca y placentera sonrisa.

«Dije que eras un niño, y ahora lo pareces más que nunca. Nadie me ha ofendido en mi dignidad ni en mi honor; pero aunque alguien me ofendiera, no consentiría yo que tú hicieses por mí el paladín en esa forma criminal y anticristiana. Estoy pasmada de tu falta de cristianismo. ¿Pero de dónde sales tú, desdichado? ¿En qué mundo de soberbia y de errores has vi-

vido? Primo mío, si quieres que yo te proteja y mire por ti hasta hacerte persona regular, no me traigas acá bravatas caballerescas. ¡Matar! ¿Crees tú que puedo yo estimar á quien hiera á su semejante por un dicho, por una opinión, ni aun por un hecho ofensivo? No, José Antonio, eso conmigo no te vale. Ahoga esos sentimientos de crueldad, de venganza, y de desprecio de las leyes divinas. Si no, no te quiero, no podré quererte, no serás nunca el niño bueno, con el cual quiero hacer un hombre... mejor.»

Desbordábanse en el alma de Urrea la gratitud y el afecto filial, y reconociendo que Halma hablaba conforme á sus cristianos sentimientos, replicó manifestando su incondicional sumisión á cuanto la dama pensara y resolviera. Despidióse, porque tenía que ver y escoger aquel mismo día unos aparatos para su industria, y preguntando á su protectora si debía volver por la tarde, díjole ella que no sólo se lo permitía, sino que le rogaba que volviese después de comer.

Á poco de salir Urrea entró don Manuel Flórez, el cual, después de informar á la soberana de los pasos dados para recoger cuentecillas y pagarés del primo pobre, le dijo que había visito á Nazarín; pero que aún no podía formar juicio definitivo de aquel hombre sin semejante. Por cierto que el Marqués, con quien hablado

había del propio asunto (y esto se lo dijo Flórez á la Condesa en la forma más delicada), no encontraba pertinente que el infeliz sacerdote manchego fuese llevado á su casa, porque siendo el tal, en aquellos días, objeto de las indagaciones informativas de los noticieros de la prensa, si éstos se enteraban de que había sido conducido á la casa de Feramor, armarían un alboroto que á él no le gustaba. Por respeto de su casa, por consideración al mismo apóstol vagabundo, á quien él sabía respetar también, no era procedente, no era correcto, no era oportuno.... pues...

«Mi hermano tiene razón—dijo Halma, anticipándose al consejo de su canciller—No es conveniente, mientras no se calme el rebullicio del público. Desista usted, pues, por ahora...

—No, si ya he desistido—replicó don Manuel, queriendo hacer constar su iniciativa.

Y sin hablar cosa de más provecho, se retiró. Después de anochecido, cuando la viuda acababa de comer, entró José Antonio, y movido de nerviosa impaciencia, no aguardó mucho tiempo para decirle: «Vengo furioso, querida prima. ¿Sabes que abajo hacen mil catálogos, y se permiten indicaciones ridículamente maliciosas...? Acíertame por qué... Dicen que anoche saliste con tu criada á eso de las nueve, y que no volviste hasta muy tarde. Están lo-

cas. Es mucho cuento que no puedas tú salir y entrar cuando gustes. Y puesto que á esa hora no hay novenas, ni sermón, ni Cuarenta Horas, ni costumbre de pasear, ni tú frecuentas los teatros, aquí tienes á tres señoras de alta alcurnia devanándose los sesos por averiguar á qué sitio, que no sea iglesia, ni paseo, ni teatro, puede ir una dama virtuosa entre nueve y diez de la noche.

—Déjalas que digan lo que quieran. Con eso se entretienen las pobres. En medio de su frivolidad, y del tumulto que las rodea, ¡se aburren tanto!... Pues sí, anoche salimos. ¿Sabes á qué hora regresamos? Ya habían dado las once.»

Y volviéndose á su criada, que recogía la costura, le dijo: «Prudencia, no recojas. Esta noche te quedas aquí cosiendo. Mi primo me acompañará.

—¿Sales también esta noche?—le dijo el de Urrea estupefacto.

—Sí, y te llevo de rodrigón, por si tuviera algún mal encuentro. ¿Por qué pones esa cara? Prudencia, mi abrigo, mi mantilla.»

En un momento se dispuso para salir. Cogiendo un lio de ropa, bien envuelta dentro de un pañuelo prendido con alfileres, lo entregó á su primo, y sin tomarle el brazo, bajaron y salieron á la calle. Á excepción del portero, nadie les vió salir.

«Aunque no es muy lejos—dijo Catalina guiando hacia Puerta Cerrada,—como los pisos están malísimos, tomaremos un coche, si te parece.»

Así lo hicieron, y la Condesa dió las señas: San Blas, 3.

«¿Sabes á quién vi cuando pasábamos frente á San Justo?—le dijo Urrea, no bien empezó á rodar el pesetero.—Pues á Perico Morla. Sin duda iba á tu casa. Se paró para mirarnos. Ese llevará el cuento á Consuelo.

—Déjale que lleve todos los cuentos que quiera.

—Y de seguro ha venido en acecho hasta Puerta Cerrada, y nos ha visto entrar en el sermón. Verás qué pronto da la noticia, que será la novedad de esta noche.

—Bien. ¿A ti te importa algo?

—¿A mí? Absolutamente nada. Palabra...

—Pues á mí tampoco...

—Lo que más me ha inquietado al ver á Morla, dejándome muy mal sabor de boca, es que... ¿Quieres que te lo diga?

—Sí, hombre, dímelo.

—Pues que le debo doce duros. Ya se me había olvidado...

—¡Ah! pues recuérdamelo mañana para mandárselos, es decir, para que se los mandes tú.» No tardaron en llegar al término de su via-

je, que era una casa de apariencia bastante mediana, con estrecho portal y una escalera sucia, desquiciada y bulliciosa. Desde los descansos veíase un patio de corredores, y en éstos, arriba y abajo, multitud de puertas entornadas, por las cuales salía ruido de voces, claridad y tufo de petróleo, olores de cenas pobres. Subieron Catalina y su acompañante al tercero, y cuando se aproximaban á la puerta, Urrea lanzó una exclamación, diciendo: «¡Ah! ya sé á dónde vamos, prima. Desde que entré por el portal, me pareció reconocer la casa. Pero no caía; ¡qué confusión! no daba en lo cierto. Ya sé, ya sé. Como que aquí estuve yo la semana pasada con los periodistas. Aquí vive Beatriz, la discípula de Nazarín.

—Es verdad. Llama.»

TERCERA PARTE

I

Si don Manuel Flórez inició sus visitas al místico vagabundo, don Nazario Zaharín, por complacer á su señora y soberana, la Condesa de Halma-Lautenberg, pronto hubo de repetir las por cuenta y satisfacción de sí mismo, porque, la verdad sea dicha, el misterioso apóstol árabe manchego le encantaba, y cuanto más le veía, más quería verle y gozar de su sencillez hermosa, de la serenidad de su espíritu, expresada con palabra fácil y concisa. Y cada vez salía el buen presbítero social más confuso, porque la persona del asendereado clérigo se iba creciendo á sus ojos, y al fin en tales proporciones le veía, que no acertaba á formular un juicio terminante. «Yo no sé si es santo, pero lo que es á pureza de conciencia no le gana nadie. Desde luego le declararí yo digno de canonización, si su conducta al lanzarse á correr aventuras por los caminos no me ofreciera un punto negro, la rebeldía al superior... De todo lo cual